# La furia de San Julián

Seudónimo del autor: Petrix Yeshua.

## Sinopsis

En diciembre de 1999, la furia de la naturaleza se desató en varios estados de Venezuela, siendo el estado Vargas el más afectado. La devastación provocada por el desbordamiento del río San Julián resultó en la pérdida de miles de vidas. Esta historia se centra en la urbanización Los Corales y narra cómo un grupo de personas logró sobrevivir al feroz embate del río entre el 15 y el 16 de diciembre de 1999.

## Brindis de fin de año

Antes de sumergirnos en esta historia, es crucial situarnos en el tiempo y el lugar. Era diciembre de 1999 en la Facultad de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela. En el Departamento de Investigación de Operaciones y Computación (DIOC), donde trabajaba como preparador de programación, se respiraba una mezcla de nerviosismo y expectación. El 14 de diciembre, muchos en el DIOC estaban convencidos de que ese día marcaría el fin de nuestra democracia, mientras otros esperaban que el referéndum consultivo del día siguiente trajera cambios significativos para el país. La incertidumbre y el debate estaban a la orden del día, y la noche prometía ser una celebración memorable, un adiós a la Venezuela que conocíamos.

A las 03:40 AM del 15 de diciembre de 1999, tras una animada fiesta de fin de año con amigos y colegas en mi alma máter, me dirigí a casa en Los Corales, Caraballeda, Estado Vargas, conduciendo mi Toyota Corolla del 87. A medida que avanzaba por la autopista Caracas-La Guaira, una densa neblina envolvía mi automóvil, reduciendo la visibilidad y acelerando el ritmo de mi corazón. La autopista estaba desierta y el silencio era inquietante, pero logré mantenerme en calma hasta que, de repente, la lluvia comenzó a caer con una fuerza implacable.

A las 03:50 AM, mientras el cerro a mi derecha empezaba a desmoronarse y bloqueaba la carretera, vi con horror cómo varios vehículos eran absorbidos por el fango. En un momento de desesperación, tomé el canal contrario, tocando la bocina y cambiando las luces, rogando que no encontrara vehículos que vinieran en dirección opuesta. La tierra deslizándose por el montículo cubría rápidamente la vía que acababa de atravesar, y me preguntaba qué pasaría con los que no tuviesen mi suerte.

Después de superar la zona de Camurí Chico, me encontré con una enorme laguna en la carretera hacia Los Corales. La lucha para mantener el auto libre de agua fue agotadora. Finalmente, a las 04:30 AM, logré estacionar el vehículo y entrar en casa en silencio, tratando de no despertar a mis padres. Mientras navegaba por internet en busca de noticias sobre el referéndum, no imaginaba que esa noche sería la última que pasaría en mi cuarto.

A las 12:30 PM, tras una corta pero necesaria siesta, me levanté y seguí con mi rutina habitual: un baño, algo de comer y luego me dirigí a votar, confiando en la esperanza de una constitución moribunda. Pasé el resto del día alternando entre el noticiero del referéndum y los informes sobre deslaves en la Gran Caracas, especialmente en el estado Vargas. A pesar de la magnitud del desastre, lo veía como algo lejano, un problema que otros tendrían que enfrentar.

A medida que caía la noche, y mientras ajustaba mi horario de sueño para evitar convertirme en un ave nocturna, un sonido extraño me llamó la atención. Al cerrar la puerta de la cocina, escuché un murmullo inusual del río San Julián, acompañado de un olor peculiar a mezcla de grama, madera y tierra. Intrigado, salí a investigar y me encontré con un espectáculo aterrador: el caudal del río arrastraba todo a su paso, un espectáculo impresionante y perturbador.

Mientras el río desbordaba, me uní a mis vecinos para observar este fenómeno natural. No tardamos en darnos cuenta de que el deslave ya había comenzado, pero nuestra ignorancia nos hizo subestimar la gravedad de la situación. Las bromas sobre el desbordamiento pronto se desvanecieron ante la realidad del desastre inminente. Sin comprender la magnitud de lo que estaba ocurriendo, me resigné a pensar que, en el peor de los casos, solo tendríamos que limpiar el agua. Pero la verdad era mucho más devastadora de lo que podíamos imaginar.

## A las puertas de la tragedia

Era aproximadamente la 11:50 PM cuando decidí buscar las llaves de mi auto y encender la radio para tratar de entender la magnitud de lo que estaba ocurriendo. La voz de un locutor en una emisora FM del litoral me llegó como un jarro de agua fría: relataba en vivo cómo una zona del estado Vargas había sido devastada por deslaves severos, y él mismo se había salvado milagrosamente.

Sintonizando otras emisoras, confirmo que todas estaban cubriendo el estado de emergencia en Vargas. Sin embargo, a pesar de las alarmantes noticias sobre las áreas cercanas, mi mente seguía sin poder concebir que mi casa pudiera estar en peligro. Durante los 25 años que había vivido en Los Corales, nunca supe que mi hogar y los de mis vecinos se encontraban sobre un lecho de río.

Llegamos al jueves 16 de diciembre de 1999, aproximadamente a las 12:15 AM. Tras la fuerte lluvia que había comenzado mientras observábamos el río con algunos vecinos—Reinaldo Remy, Natalio, Carlos Alberto y otros—decidimos trasladarnos a la casa de la madre de Reinaldo, la señora Zaida, que estaba justo enfrente de la mía.

La lluvia, que había sido constante en la cabecera de la montaña durante días, ahora se extendía por todo Los Corales y, posiblemente, por todo el estado Vargas. La lluvia no cesó durante horas; me atrevería a decir que fueron entre 16 y 17 horas de torrencial aguacero.

A las 12:45 AM, la lluvia aminoró un poco. Aproveché para encender un cigarro y conversé con mi amigo Carlos Alberto con calma. De repente, algo nos hizo fijar la atención en la entrada de su casa y la de los Carrasco. Sin previo aviso, el río San Julián desató su furia de forma inesperada, arrasando con estacionamientos y entradas de las casas, reclamando un cauce que le había sido robado décadas atrás.

Nunca había visto algo tan aterrador. El río arrastraba piedras, árboles, y hasta vehículos de diferentes marcas y modelos, todo con una brutalidad despiadada. Mi cigarro se cayó de mi boca y me quedé paralizado, incapaz de procesar la magnitud del desastre. Mi percepción del tiempo fallaba; me quedé inmóvil por lo que pareció una eternidad.

Desde la distancia, escuchaba los gritos de Carlos Alberto pidiéndome que abriera la pequeña puerta del portón del garaje de mi casa para que pudiera llegar a la suya. Tras un tiempo que no puedo precisar, finalmente reaccioné y corrí a abrir la puerta, pero Carlos Alberto ya había saltado el muro y estaba ayudando a su familia.

A la 01:30 AM, recuperando algo de calma, me di cuenta de que tenía a veinte o treinta vecinos en casa, la mayoría con sus viviendas gravemente dañadas. Mi casa, por ahora intacta, no podía confiar en que su suerte durara mucho más.

Entonces recordé a otros miembros de mi familia en Vargas: mi hermano César, su esposa Elia y mis sobrinos María de los Ángeles, Mónica Isabel y José Gabriel, en Palmar Este; mi hermano Abelardo, en Maiquetía; mi tío Néstor, su esposa Aura, sus hijos Aurinel y Néstor Javier, y mi primo Nestico con su familia en Caraballeda y Tanaguarena. Desesperado, traté de llamarlos, pero las líneas estaban colapsadas.

Tras varios intentos fallidos, llamé a mi hermana Auxi y a mi cuñado Wiston en Las Mercedes, Caracas. Por suerte, logré comunicarme con ellos y les informé sobre la devastación en Los Corales, pidiéndoles que alertaran al resto de la familia.

## Los huéspedes inesperados

Ya eran más de la 01:45 AM cuando la tensión en mi casa aumentó con la llegada de más vecinos. Entre ellos estaban Reinaldo Medina, su esposa Reina, su sobrina Maite y otro sobrino cuyo nombre no recordaba. Afortunadamente, Reina, siendo doctora, pronto se convertiría en una pieza clave en nuestra lucha por sobrevivir.

Reinaldo me cuenta que, mientras dormían plácidamente, su casa fue golpeada por una avalancha de objetos: piedras, árboles y hasta un automóvil último modelo que terminó estacionado en su sala. Milagrosamente, ellos se salvaron de ser arrastrados, algo que no ocurrió con muchas otras familias en Los Corales. El río San Julián, implacable, insistía en reclamar su antiguo cauce, y el lado oeste de la casa de Reinaldo estaba justo en su ruta.

Alrededor de las 02:00 AM, mi casa se destacaba por ser la menos afectada de las cercanas, y esto la convirtió en un refugio para muchos vecinos, incluyendo al párroco de Los Corales, el padre Reinaldo Herrera. Su casa parroquial, ubicada a unas tres cuadras más arriba, fue arrasada por el río. El sacerdote llegó en un estado lamentable, acompañado por su madre Haidé y su hermana menor Isabel, quienes no sobrevivieron.

El ánimo de nuestros huéspedes era frágil, y cualquier noticia desagradable podía intensificar su angustia. Decidí que no era el momento de agregar más terror al ya insoportable pánico.

Minutos antes, había deseado fervientemente tener la oportunidad de confesarme, sin imaginar que Dios tomaría mi deseo tan en serio. El destino me sorprendió con otra visita inesperada: Benjamín, su esposa Dayana y su bebé de pocos meses. Eran vecinos de la Residencia Parque Mar, famosa en Los Corales por sus piscinas y trampolines, un lugar lleno de recuerdos de mi infancia.

Benjamín, intentando llegar a su hogar, se vio forzado a buscar refugio en mi casa debido a las vías bloqueadas. Su presencia resultó invaluable. Su tranquilidad y optimismo contagiosos ayudaron a mantener viva la esperanza entre nosotros, a pesar de las adversidades.

Con la llegada de más vecinos, nuestra casa se convirtió en un improvisado refugio para más de 50 personas. La angustia era palpable, especialmente a medida que el río se acercaba más a nuestro hogar. El temor aumentaba a medida que la madrugada avanzaba, y el muro de nuestra casa empezaba a ceder. El río continuaba su avance implacable, y el sueño se volvió un lujo inalcanzable.

En medio de la lluvia interminable, la mayoría se refugió en el techo, el único lugar que considerábamos seguro, aunque no contaba con un techo adicional que nos protegiera de la tormenta. La demanda de ropa y toallas se volvió abrumadora. Mi hermano Ignacio y yo hicimos todo lo posible por satisfacer las necesidades de nuestros huéspedes, cediendo nuestras prendas más viejas. Sin embargo, la situación nos obligó a decidir entre nuestra ropa más preciada y la supervivencia. La elección final fue el desprendimiento, aunque no sin cierta reticencia.

Afortunadamente, contábamos con la habilidad médica de Reina, quien, a pesar de la falta de suministros, le brindó una atención esencial al padre Reinaldo, usando una cinta de VHS para inmovilizar su mano izquierda.

La madrugada se convirtió en un caos constante. Mi hermano y yo subíamos y bajábamos del techo, atendiendo a los refugiados y tratando de mantenerlos animados. La necesidad de calor y calma llevó a la decisión de sacar dos botellas de whisky y una de ron, no solo para calentarnos, sino también para serenar los nervios y el pánico que nos rodeaba.

En medio de esta tormenta, nuestra casa se transformó en un santuario improvisado, y nos esforzamos por ser los mejores anfitriones posibles en una noche que parecía no tener fin.

## Esperando un nuevo amanecer

Son más de las 04:00 AM, seguía esperando con muchas ansias el amanecer, pero el cansancio y el estrés le suplican a mi cuerpo que es momento de tomar un descanso. Intento dormir un poco en el cuarto de mi hermano Ignacio, no sé porque razón no me fui al mío, quizás ahí me sentía más seguro, veo a mi gato Copérnico, inocente de todo lo que está ocurriendo, y lo acaricio un poco. Trato de cerrar los ojos, pero no logro descansar ni quince minutos, el temor de no poder reaccionar a tiempo ante cualquier emergencia me impide darle órdenes a mi cuerpo para que tome un descanso.

Sigo movilizándome de un lugar a otro más o menos durante una hora, pero mi cuerpo sigue reclamándome un descanso, intento cerrar los ojos nuevamente, pero en esta ocasión en el cuarto de mi hermano Abelardo, que a pesar de que él es sacerdote, y ya no vive en la casa, mis padres le conservan aún su cuarto. Igualmente abro los ojos a los cinco minutos, me es imposible darle un descanso a mi cuerpo, la necesidad de mantenerme en estado de alerta me lo impide.

La espera del amanecer se me hace eterna, contaba con un espectacular día soleado, pensaba que los rayos solares iban a parar toda esta locura, y que aparte de proporcionarnos mayor visibilidad, de algún modo milagroso iban a evaporar toda esta agua y frenar el deslave, pero ¡qué va!, nada de esta fantasía ocurrió, la gran cantidad de nubes no nos permitió recibir al Sol con bombos y platillos, y parar la hora, verdaderamente nos proporcionó escasa luz.

El amanecer cada vez está más cerca, ya son un poco más de las 06:00 AM, cuando pensaba que estábamos completos, aparece en mi casa otro vecino, Arturo, un joven que en mi vida había visto, y que, por algún motivo muy extraño para mí, había permanecido en su casa hasta este momento, quizás consideró que ya su casa no era un lugar seguro, y que en la mía podría estar a salvo por lo menos un par de horas más.

Mi hermano Ignacio y mi vecino Natalio me cuentan que Arturo sostenía una tabla de surf cuando se apareció en nuestra casa, los motivos de esto lo desconocemos, la verdad nadie se lo preguntó, pero a algunos vecinos les causo gracia, ¿será que pretendería usarla para surfear estas olas de piedra, troncos y demás objetos que el río llevaba consigo?

En muchas ocasiones me llegaban pensamiento de esos que me impulsaban a salvarme a mí mismo, sin importarme los demás, pero al pensar en mis padres y en mi hermano, se desvanecían al instante, mi suerte estaba atada a la de ellos, y eso no tendría discusión. Esto lo comento porque en cierto modo, envidiaba a Arturo, sin padres ni hermanos de quién preocuparse, sino solo de sí mismo, ya que él se encontraba sólo en su casa al momento del deslave, y mis pensamientos cobardes y egoístas no dejaban de murmurar: - "Si fuese él, buscaría la manera de salvarme yo solo sin importarme más nadie". Muchas de las cosas que me decía no eran las más sensatas, pero no podía evitar pensarlo.

Arturo fue otro de nuestros huéspedes que demostró mucho valor. Mi casa se encontraba cada vez más cercada por el río, ya los muros que la protegían cederían de un momento a otro, e indiscutiblemente el lugar más seguro era el techo de mi casa, el permanecer abajo se hacía cada vez más inseguro y peligroso. Era necesario buscar una vía de escape, ya nuestro refugio no aguantaría mucho más, y en esta situación, Arturo se portó extremadamente heroico, al intentar encontrar una vía de escape, explorando los alrededores abajo en la casa, sabiendo que podría ser barrido por una avalancha de un momento a otro, y efectivamente así ocurrió, pero él, como pudo, regresó al techo de mi casa, sano y salvo, algo aporreado, pero sin heridas graves.

Luego de pasado las 08:00 AM, la necesidad de buscar una ruta de escape se hacía cada vez más imperiosa, el río seguía reclamando más terreno, y nuestra casa sería barrida de un momento a otro, por lo que salí a dar un recorrido por los alrededores, en donde me encontré con Benjamín, que también andaba en lo mismo.

Tanto Benjamín como yo consideramos una ruta, como posible vía de escape, pero un poco complicada de transitar para niños y personas mayores. Finalmente, esta ruta solo fue tomada, minutos más tarde, por un pequeño grupo de mis huéspedes, creo que como de unas doce personas.

Creo que Benjamín no se atrevió a tomar esta ruta por temor a no poder lograrlo con su hija de meses en brazos. En mi caso, yo les propuse a mis padres y a mi hermano la ruta estudiada, pero en realidad tanto ellos como yo estábamos indecisos de qué camino tomar, por alguna razón nos sentíamos más seguros en el techo de nuestra casa. En realidad, yo no estaba muy convencido de que ésa ruta era la vía de escape más segura, ¿sería posible atravesarla con mis padres?, todos los posibles caminos me parecían inseguros, al final ese lugar que propuse no fue derribado, ¿pero que iba a saber yo?

A las 09:00 AM aproximadamente, ya el río no nos quiere conceder más plazo, y comienza a desbordares por la parte este, canalizada en el gobierno de Pérez Jiménez, y ahora sí que los muros no resistirán por mucho tiempo más. Desde la azotea de mi casa se podía observar como el río reclamaba su cauce natural sin piedad alguna, y derribaba todo lo que se atraviesa en su camino, era aterrador percibir su furia, ver como derrumbaba casas de dos y más pisos como si fuesen de cartón, el sonido era estrepitoso. Mi casa temblaba con el impacto de todo tipo de objetos contra nuestro muro que milagrosamente seguía resistiendo. Yo por mi parte pensaba que no nos quedaban más de quince minutos de vida.

Para subir al techo de mi casa no se disponía de ningún medio cómodo, sino de una escalera movible, que para una persona mayor o lesionada implicaría un gran esfuerzo, razón por la cual todavía quedaban personas refugiadas dentro de mi casa.

En los siguientes minutos decidimos trasladar a todos los refugiados que quedaban dentro de mi casa a la azotea, ya que como dije anteriormente el muro que nos protegía de las envestidas del río estaba a punto de ceder.

Todavía se encontraban en mi casa dos señoras mayores que no podían caminar con facilidad, dos niños no mayores de tres años, y nuestro querido párroco. Como pudimos, los fuimos subiendo de uno en uno, y por último nos quedaba el padre Reinaldo, y quizás una de las señoras mayores.

Si les soy sincero, yo ya no quería seguir bajando a la casa para ayudar a subir a otros, tenía mucho miedo de que el muro no resistiera más, y sabía que me exponía a morir si continuaba socorriendo personas, pero mientras me cuestionaba si volvería a bajar, mi madre me preguntó: - 'Hijo, ¿y dónde está el padre Reinaldo?'. A lo que yo con mucha pena respondo: - 'Está abajo en la casa, pero ya voy a tratar de subirlo'. Lo que me dijo mi madre me hizo entrar en razón, me armé de valor y bajé entonces a buscar al padre.

Al ubicar al padre Reinaldo le digo: - 'Padre, sé que no se encuentra muy bien, pero tiene que poder caminar, ya aquí abajo no es seguro, y necesito que usted suba al techo, de lo contrario morirá aquí abajo'. Alguien me ayudó a subirlo, no recuerdo quién, pero igualmente el Padre Reinaldo sacaba fuerzas de donde no las tenía para seguir luchando.

Mi vecina María Gabriela, hermana de Carlos Alberto, y que por cariño le decimos Bebela, junto con mi hermano Ignacio, realizaron una incursión loca a su casa, o mejor dicho, a la casa de los Delgados, para buscar algunas hallacas que recién habían hecho, luego de salvar muchos obstáculos, logran llegar a la cocina de mi casa para ponerlas a calentar, cosa que me parecía más loca todavía, ya el muro cedería de un momento a otro, lo cual efectivamente comenzó a ocurrir, por lo que le gritamos desde el techo: - '¡Los que se encuentren abajo en la casa, suban, suban, que el muro está cediendo!'.

Bebela e Ignacio corren lo mejor que pueden para el techo, sin poder rescatar ni una hallaca, pero en eso se dan cuenta de que nos faltaba subir a unas de las señoras mayores, y armándose de todo el valor que le es posible, se dirigen en su auxilio, y como pueden la suben, si se hubiesen tardado tan solo un segundo más, no lo hubiesen logrado.

## Sin encontrar una salida

Eran más de las 04:00 AM y la espera del amanecer se volvía una tortura interminable. El cansancio y el estrés me suplicaban un descanso, pero el miedo a no reaccionar a tiempo ante cualquier emergencia mantenía a mi cuerpo en alerta constante. Me dirigí al cuarto de mi hermano Ignacio, quizás por el consuelo que me ofrecía estar cerca de su presencia, y encontré a mi gato Copérnico, ajeno a la catástrofe que nos rodeaba. Lo acaricié un momento, intentando cerrar los ojos, pero ni siquiera logré descansar un minuto. El temor de no estar preparado me mantenía despierto.

Durante una hora, me moví de un lugar a otro, intentando encontrar algo de alivio en el sueño, pero la necesidad de mantenerme alerta me lo impedía. Finalmente, busqué refugio en el cuarto de mi hermano Abelardo, que aunque ya no vivía en la casa, mis padres conservaban su habitación. Nuevamente, el sueño me eludió y el descanso parecía imposible. La espera del amanecer se volvía cada vez más desesperante.

Cuando el sol finalmente se alzaba, esperaba que los rayos solares trajeran alivio, que disiparan la lluvia y frenaran el deslave. Pero la realidad fue más cruel: el cielo continuaba nublado, sin la promesa de un día claro. La luz era escasa, apenas suficiente para iluminar nuestra angustia.

A las 06:00 AM, cuando creía que ya no había sorpresas, llegó Arturo, un joven desconocido para mí, con una tabla de surf bajo el brazo. Nadie sabía a ciencia cierta por qué la traía, pero la escena era absurda: ¿pretendía surfear sobre la avalancha de escombros y troncos arrastrados por el río? Su inesperada llegada nos sorprendió y, a pesar del caos, nos sacó una sonrisa.

A veces, pensamientos egoístas me asaltaban, deseando salvarme solo a mí mismo. Sin embargo, al pensar en mis padres y mi hermano, esos pensamientos se desvanecían. Envidiaba a Arturo por no tener a nadie más que salvar, pero al mismo tiempo, sabía que no podía abandonarlos. Mis pensamientos eran una batalla constante entre el miedo y la responsabilidad.

Arturo demostró un coraje admirable. Mientras el río cercaba nuestra casa, él exploró los alrededores buscando una ruta de escape, consciente del peligro que enfrentaba. Regresó al techo, golpeado pero sin heridas graves, mostrando un valor que todos necesitábamos.

A las 08:00 AM, la situación se volvía cada vez más crítica. El río desbordaba por el este, y los muros de nuestra casa estaban al borde del colapso. Desde el techo, observábamos el caos: el río destruía todo a su paso, arrastrando casas de varios pisos como si fueran de cartón. El estruendo era aterrador y mi casa temblaba con cada impacto. Sabía que no nos quedaban más de quince minutos.

El acceso al techo era complicado, especialmente para las personas mayores y los heridos. Decidimos trasladar a todos los refugiados al techo antes de que fuera demasiado tarde. Entre ellos había dos señoras mayores, dos niños pequeños y nuestro querido párroco, el padre Reinaldo. A pesar del miedo y la fatiga, sabíamos que no podíamos dejar a nadie atrás.

El padre Reinaldo estaba en condiciones muy malas, pero sabía que debía subir al techo para salvarse. Con la ayuda de un desconocido, lo llevé al techo, y aunque estaba exhausto, el padre hizo un esfuerzo desesperado por sobrevivir.

Mientras tanto, mi vecina María Gabriela, conocida como Bebela, y mi hermano Ignacio hicieron una arriesgada incursión a la casa de los Delgados para buscar hallacas que habían preparado. Con el muro a punto de ceder, su valentía fue admirable. A pesar de que la situación se volvía cada vez más crítica, Bebela e Ignacio lograron rescatar a una de las señoras mayores, justo a tiempo para evitar una tragedia.

La angustia era palpable mientras subíamos a los últimos refugiados. El río seguía avanzando, y el tiempo se acababa. La esperanza y el coraje se convirtieron en nuestros únicos aliados en esta lucha desesperada por la supervivencia.

## El blanco perfecto

Después de las 11:30 AM, mi mente seguía intentando asimilar los eventos de los últimos minutos. Me esforzaba por superar mi cobardía y recuperar el deseo de luchar, aunque estaba convencido de que la muerte era inminente. Pero si debía morir, quería hacerlo con dignidad. En medio del caos, un pensamiento irracional, típico de las crisis, cruzó por mi mente: “Un hombre que se respeta, como diría el cómico Emilio Lovera, muere con dignidad, dando la mayor alegría posible a quienes lo necesitan”.

En ese momento, mi mente estaba llena de pensamientos frenéticos y mi vida se desplegaba en segundos: ¿Esto es todo?, ¿Así termina todo?, ¿No he hecho nada significativo?, ¿En unos meses nadie recordará que existí? La vida se me antojaba tan breve que, de pronto, me resultaba absurda. Mis pensamientos, aunque quizás suenen egoístas, reflejaban el miedo y la desesperación que sentía.

El miedo a la muerte se mezclaba con un deseo de evitar una muerte lenta y dolorosa, golpeado por escombros. Rogaba a Dios por una muerte rápida, sin dolor, como si pudiera simplemente apagar un interruptor y pasar al otro lado. Sin embargo, otra parte de mí pensaba: “Un hombre que se respeta muere como debe morir, y quizás ese sufrimiento nos evite un pedacito de purgatorio”.

La mente me asaltaba con pensamientos absurdos y bromas para mantener el humor, a pesar del terror. Nos encontrábamos en un estado de silencio reverencial, como si estuviéramos en un templo, esperando alguna ceremonia final. Cada uno estaba absorto en sus pensamientos y plegarias, intentando asimilar sus últimos momentos, pues ya no había forma de escapar del trozo de techo que nos servía de refugio.

Finalmente, rompí el silencio y me dirigí a mis padres y a mi hermano: “¡Tranquilos, en menos de diez minutos estaremos en el cielo, riéndonos de todo esto!”. Al decir estas palabras, una paz inusitada nos envolvió, y todos nos sentimos un poco más tranquilos.

Pasaron más de quince minutos y seguimos con vida. A las 12:00 PM decidimos rezar el Ángelus, una oración que mi familia acostumbraba a hacer a mediodía. El agua ya nos cubría hasta los pies, arrastrando tierra y escombros. Mi padre nos aconsejaba mantener los pies en movimiento para evitar quedar atrapados, aunque al principio no le hice caso. Decidí seguir su consejo cuando me di cuenta de que, además de estar en peligro, había perdido mis zapatos.

A las 12:15 PM, el nivel del agua seguía subiendo, y la corriente se intensificaba. Solo quedábamos siete personas en un pequeño trozo de techo, que resistía gracias a sus columnas aún firmes. Los objetos del río nos golpeaban con fuerza: una rama rasgó el vestido de una de las señoras mayores, que poco después perderíamos para siempre. Nuestra mata de mango, que durante años nos dio frutos, se convirtió en una barrera, protegiéndonos de los objetos en alta velocidad.

Sin embargo, a las 12:45 PM, la furia del río venció a nuestra mata de mango, y ahora éramos el objetivo perfecto. Un tronco enorme se aproximaba rápidamente hacia nosotros, decidido a acabar con nuestras vidas. A unos metros de distancia, el tronco se tambaleó y formó un dique natural, una última barrera que podría estallar en cualquier momento.

En ese estado de desesperación, mi madre sugirió rezar el rosario. Aunque no me parecía el mejor momento para ello y la concentración me resultaba difícil, accedí. Al terminar el rosario, una inmensa piedra apareció al este del techo, formando una especie de puente de escape. Era complicado atravesarla para alguien con dificultades para caminar, pero representaba nuestra única salida.

Después de evaluarlo, propuse a mis padres: “Tendremos que tomar una decisión difícil: o nos quedamos con estas dos señoras que no pueden caminar, o escapamos por esa piedra”. La decisión fue desgarradora. A mi madre le dolió profundamente, pero era la única opción que teníamos. Sin tiempo para más dudas, iniciamos el escape.

Las palabras de una de las señoras resonaban en mis oídos: “¡Por favor, no nos dejen, llévennos con ustedes!”. Mi hermano y yo nos esforzamos por subir a la piedra y ayudamos a nuestros padres a hacer lo mismo. Luego tuvimos que saltar a los techos de las casas destruidas por el río. Yo fui adelante para asegurarme de que el terreno soportara nuestro peso, mientras mi hermano ayudaba a mi madre a superar los obstáculos, y mi padre se defendía como podía.

Mi madre le suplicaba a Ignacio que la dejara, pero él no se rendía y la animaba a seguir. Más atrás, el señor Evans, que no quería abandonar a su suegra, permaneció con ella hasta que la avalancha se acercó, obligándolo a huir para salvar su vida.

## El trayecto final

Alrededor de las 02:00 PM, mi familia y yo, junto con el señor Evans, avanzábamos a toda prisa hacia el noreste, tratando de escapar de la avalancha que nos pisaba los talones. Finalmente, nos reunimos con algunos rezagados que habían escapado en el primer turno, aunque el grupo había disminuido considerablemente; ahora éramos unas 18 personas.

Mi madre, mi hermano y yo habíamos perdido nuestro calzado por no seguir el consejo de mi padre de mantener los pies en movimiento cuando el río comenzó a inundar el techo de nuestra casa. Mi padre fue el único que logró conservar sus zapatos.

Nuestra siguiente prueba era cruzar los techos de las casas que aún se mantenían en pie, muchas de ellas tapiadas y en ruinas. Para los que habíamos perdido el calzado, el reto era aún mayor, ya que la mayoría de los techos eran de tejas, que se rompían al pisarlas y causaban cortes molestos en las plantas de los pies.

Mientras intentaba evitar romper las tejas, me acerqué al padre Reinaldo, quien trataba de caminar con equilibrio sobre un tramo de techo de asbesto. Estábamos separados por dos o tres pasos cuando, de repente, el techo bajo sus pies se hundió, llevándolo a las profundidades de la casa. Pensé para mí mismo: “Ahora sí, el padre no tiene salvación”. No me atreví a ir a su rescate por miedo a quedarme atrapado también, pero al dar el siguiente paso, el techo de asbesto bajo mis pies también cedió y caí sobre una piscina de pantano, lo que amortiguó mi caída. Para mi sorpresa, estaba a solo unos metros del padre Reinaldo.

El padre Reinaldo, atónito por mi “heroicidad”, me dijo: “Gracias, Pedro, por venir a rescatarme”. Yo, con un toque de humor, aunque en el fondo era verdad, le respondí: “No vine precisamente a eso, padre. También caí”.

A pesar de las heridas del párroco, lo ayudé a salir sin mucha delicadeza, sin tiempo para preocuparme por su dolor. Una vez superado este obstáculo, reanudamos nuestro camino a toda prisa para evitar la avalancha que seguía amenazando.

Al recuperarme un poco del susto, María Gabriela, a quien cariñosamente llamamos Bebela, y Lidarrita, la novia de Carlos Alberto, me pasaron a su sobrino, el hijo de Miran, su hermana. Aunque no estaba acostumbrado a cargar niños, el peso me hizo reflexionar sobre la angustia que deben sentir los padres al proteger a sus hijos. En esta nueva etapa, nuestra prioridad eran los niños, las mujeres y los ancianos, algo que me parecía sencillo en las películas, pero era difícil de aplicar en la realidad. Aunque intenté no demostrarlo, siempre sentí un profundo miedo al ser uno de los últimos en atravesar las partes más críticas del camino, priorizando a los más vulnerables.

Después de superar innumerables obstáculos, nos refugiamos en lo que parecía ser el cuarto de Jorge Díaz, un vecino. Afortunadamente, el cuarto se mantenía intacto por estar en un segundo piso, mientras que el primero estaba completamente destruido. Reconocimos el cuarto por una foto de Jorge en la pared. Sin pedir permiso, la mayoría del grupo aprovechó para cambiarse de ropa y calzarse con la variedad de indumentaria de Jorge. Desafortunadamente, toda la ropa me quedaba pequeña, y encontrar un par de zapatos de mi talla, 43 o 44, era casi imposible, por lo que continué como llegué.

A pesar de las pruebas vividas, el cuarto de Jorge nos parecía un refugio acogedor. Sin embargo, sabíamos que tendríamos que abandonarlo pronto, pues la tormenta aún no había terminado. Nuestro objetivo era llegar a los edificios de la Avenida La Playa, que a lo lejos parecían intactos desde el tercer piso en adelante.

Tras descansar un poco y recuperar fuerzas, decidimos reanudar la marcha. Al avanzar, encontramos a un hombre de edad avanzada, encerrado en otro cuarto, con la mirada perdida y el rostro reflejando confusión y terror. Lo invitamos a unirse a nuestro grupo y aceptó gustosamente.

Cuando intentamos salir, descubrimos que el siguiente terreno a cruzar estaba a unos 8 metros de altura, un desafío nada fácil. Tras revisar exhaustivamente el área, encontramos milagrosamente una gigantesca escalera móvil que nos permitió finalmente salir del refugio.

Durante el nuevo trayecto, mi querido padre Reinaldo volvió a caer al pisar otro techo de asbesto. Esta vez, fue más fácil ayudarlo a salir, ya que me metí bajo el techo y lo asistí.

Alrededor de las 03:00 PM, en el camino hacia nuestro nuevo refugio, vimos una gran mata de uvas. Carlos Alberto y Bebela se detuvieron a comer algunas, olvidando por un momento la prisa que teníamos. Su madre, Miriam, incrédula, les reprochó: “¡Pero qué haces, mujer! ¡No es momento para pensar en uvas!”. Sin embargo, la imprudencia o el instinto de supervivencia de Carlos Alberto y Bebela nos permitió disfrutar de una merienda muy esperada, ya que no habíamos comido desde la noche anterior.

Tras superar múltiples obstáculos, finalmente nos refugiamos en una casa de tres pisos, optando por la azotea, nuestro lugar preferido. Desde allí, pudimos planificar la próxima ruta. La lluvia no cesaba y, a pesar de estar en una zona tropical, el frío era intenso debido a nuestra constante exposición al agua.

Aunque el refugio aún se mantenía en pie, la angustia de permanecer allí era palpable. Yo estaba profundamente agradecido con Dios por haberme permitido a mí y a mi familia sobrevivir unas horas más, y decidí vivir cada instante con la máxima intensidad.

A las 04:45 PM, cuando parecía que la tormenta no iba a cesar, la lluvia comenzó a disminuir. Bellatriz, su hermana Betelyé, su madre y un par de personas más formaron el primer grupo de escape hacia algún edificio de la Avenida La Playa. Al ver que no regresaban, asumimos que habían encontrado un refugio seguro.

Con la lluvia disminuyendo, organizamos otro grupo de escape. Junto con Benjamín, su esposa Dayana y su hija, exploramos el terreno. Benjamín y su familia se refugiaron en casa de un conocido, mientras yo continué hasta un edificio de la Avenida La Playa. Al confirmar que el camino era seguro, regresé corriendo, casi llorando de emoción, para guiar al resto del grupo.

Todos nos dirigimos rápidamente hacia el edificio, donde recibimos una acogida cálida y generosa. Al fin estábamos a salvo. A las 05:30 PM, el grupo entero disfrutaba de la hospitalidad de los habitantes del edificio. La meta estaba alcanzada. Era momento de descansar y llorar: llorar por los seres queridos perdidos, por la alegría de seguir vivos, y por todas las experiencias traumáticas vividas.

La pesadilla no había terminado; ahora comenzaba la segunda fase: escapar del estado Vargas, que se había convertido en un lugar sin ley. Pero esa es otra historia. A pesar de todo, me sentí inmensamente feliz de haber sobrevivido junto a mis padres y mi hermano. A pesar de dormir en el suelo de un apartamento prestado, la noche fue una de las mejores de mi vida.

Borrón y cuenta nueva. Las navidades de 1999 serían las más tristes, con saldo negativo: perdí mi casa, mi coche, todas mis pertenencias y hasta la democracia, todo en un solo día. Pero, visto desde otro ángulo, ya no tenía que preocuparme por pintar mi casa, ni por mi coche, ni por nada más. Estaba libre y sin ataduras. Ahora era momento de recomenzar.